1
232081

LA NOVE PICARESCA

AÑO I — PUBLICACIÓN QUINCENAL ILUSTRADA — Núm. 7



EDUARDO ZAMACOIS:
Amar a obscuras

10 centavos

1

232081

OVELA PICARESCA"
RIENTES 951 – Buenos Aires

Las mejores producciones del género picaresco y realista, extrangero y nacional. Traducciones exclusivas de LA NOVELA PICARESCA, cuidadosamente revisadas y publicadas con autorización de la "Société des Gens de Lettres" de Francia, con la que se ha celebrado un convenio especial. Es prohibida la reproducción. Quedan cumplidas las formalidades de la ley.

APARECE LOS MIERCOLES 2º y 4º DE CADA MES
Precio: 10 centavos

En el próximo número:

CONFIDENCIAS

tres cuentos cortos del célebre escritor francés
MAURICE DONNAY

SUCESIVAMENTE:

Los mejores cuentos picarescos y realistas de Auriol, Capus, Zola, Sylvestre, Azorín, Bernard, Curnonsky, Zamacois, D'Annunzio, Aubier, Felipe Trigo, Galipaux, Max y Alex Fischer, Jerome, etc., etc.

Revendedor general para la Capital: Miguel Marchesano, Paraguay 2880. Los pedidos pueden hacerse también directamente a nuestra administración, Corrientes 951.

NÚMEROS PUBLICADOS:

Nº 1.—MAX Y ALEX FISCHER.—La traición del ascensor. La intimidación. Un cliente nuevo.
Nº 2.—HENRY KISTEMAECKERS. — La llegada de Alberto. Una aventura de caza. El ahogado. La vuelta al hogar.
Nº 3.—GUY DE MAUPASSANT. — La seña. El vagabundo. Una condecoración.
Nº 4.—CATULLE MENDES. — La visión. El haz de paja. La campanilla. Las irreprochables.
Nº 5.—WEBER Y WILLY. — Los Reyes Magos.
EDMOND ABOUT. — El cuarto de huéspedes.
Nº 6.—LUIGI LUCATELLI. — A la gloire. Historietas breves.
ROBERTO BRACCO. — Un beso en la obscuridad.

47/1479889

LA NOVELA PICARESCA

AÑO I — Buenos Aires, Enero 22 de 1919 — Núm. 7

Amar a obscuras

BIBLIOTECA MADRID NACIONAL

I

Poco después de las nueve de la noche, un carruaje de alquiler se detenía frente al número 33 de la calle de Hortaleza.

—¡Ahí está, ahí está! — exclamó una mujer asomándose al balcón de un segundo piso.

En efecto; un joven alto, delgado y de tez morena, descendió del vehículo, pagó al cochero y, cogiendo una maleta y una sombrerera que venían en el pescante, entró en la casa y comenzó a subir la escalera.

Allí salieron a recibirle dos mujeres: una que, por su traje y porte, parecía ser la dueña, y la otra la criada.

—¡Querido Joaquin! —exclamó la primera estrechando cariñosamente la mano del recién llegado; — creía que hoy tampoco tendríamos el gusto de verle; le estamos esperando hace una semana.

—Tiene usted razón, — repuso el joven; — pero ya sabe usted lo que es la familia; siempre le retienen a uno más de lo justo.

—Avelina, — dijo la señora a la sirvienta, — lleve usted el equipaje de este caballero a su cuarto.

Avelina obedeció, y Joaquin y su amiga la siguieron, cambiando impresiones.

—Aquí tiene usted su habitación, — dijo ésta introduciendo á Joaquin en un gabinetito coquetonamente amueblado; — quizá sea algo pequeño, pero creo que nada le falta; tiene usted un buen estante para colocar libros, una mesita para escribir, un timbre para llamar a la muchacha si algo se le ofrece, una cama aceptable...

—Sí, señora, sí, — repuso el viajero; — todo está perfectamente, ¡como de manos de usted!

—Gracias por el piropo.

—Veo que mi madre no exageraba al decir que usted era la persona más hacendosa del mundo y que aquí estaría como en mi propia casa.

—¿Eso decía? Lo creo, porque Timotea y yo, desde que nos conocimos en el colegio, siempre nos hemos llevado como hermanas.

—Me ha dado infinidad de encargos para usted.

R 3211500

—¿Sí?

—¡Toma!... Traigo un saquito con semillas de flores, dos cajas de pasas y una de dátiles, tan hermosos, que no sé cómo no me los he comido por el camino.

—¡Pobrecita!

—Y además, una porción de recomendaciones; la principal, que me haga usted estudiar mucho.

—¡Ah! ya lo creo; eso corre de mi cuenta.

—Tiene usted que apartarme de las malas tentaciones — repuso Joaquin riendo socarronamente.

—Sobre todo, de las mujeres.

—De las hermosas.

—Claro está, porque de las feas...

—Y de las viudas.

—Naturalmente, son las peores.

—Entonces, empiece usted por no dejarse ver.

—¿Por qué?

—Porque... vamos...

—Joaquín, no sea usted tunante, y no charlemos más por hoy; es tarde y conviene descansar; con que, si no tiene nada que mandar, me retiro; hasta mañana, si Dios quiere.

—Buenas noches, Lolita, y mucho gusto... — repuso el joven despidiendo a su simpática patrona con una intensa mirada de deseo.

—¡Caracoles— esta mujer es una hembra de "primissimo cartello", — pensó Joaquín al quedarse solo; — si yo la enamorase y ella correspondiese... ¡Tiene los ojos grandes, dormilones y carantoñeros!... ¡Oh!... ¡quién sabe si este cuarto de soltero está destinado a convertirse en un nidito de amores!...

.....

Dolores era una mujer de veinticinco a treinta años; de regular estatura, de carnes exuberantes, blancas, frescachonas, apretadas; de ojos azules y cabellos rubios como el oro; de boca grande, pero graciosa, labios finos y húmedos, y dientes pequeñitos; una rubia ideal. Se casó cuando aún no había cumplido veintitrés años y enviudó a los pocos meses, quedando sin hijos y en posesión de una respetable fortuna.

Vivía tranquila en compañía de una amiga de su misma edad, también viuda, y era de admirar la cristiana resignación conque una y otra soportaban la pérdida de sus esposos.

Cuando Dolores recibió la carta en que Timotea, su amiga, pedía informes de alguna casa de confianza en donde poder alojar a su hijo Joaquín todo el tiempo que estuviese estudiando en Madrid, la amistad, el agradecimiento que Lola guardaba a Timotea por importantes favores que ésta la había prestado en ocasiones diversas, y el haber conocido a Joaquinito cuando cursaba el bachillerato, la decidieron a ofrecerse a cuidar del hijo de su amiga como si fuese suyo; y contestó a vuelta de correo ofreciéndose a oficiar de aya o "mentora" del provincianito.

¡La historia sabe cómo cumplió Dolores lo prometido!...

II

Joaquín despertó tarde, al día siguiente.

Se levantó de mal humor por haber dormido tanto, y después de lavarse y acicalarse, según costumbre, con prolijo esmero, se disponía a abrir el balcón para asomarse y ver el aspecto de su calle, cuando sintió que daban tres golpecitos en la puerta.

—¡Dormilón! —dijo con zalamería la dulzona voz de Lolita; — ¿todavía se duerme? Venga usted pronto, que le estamos esperando para almorzar.

Joaquín salió en seguida. Al entrar en el comedor vió a una mujer joven y guapa que, sentada indolentemente en un silión, leía los periódicos de la mañana.

—Aquí le presento a usted a mi amiga Luisa, — dijo Lolita.

—Muy señora mía, — contestó el estudiante inclinándose.

Luisa le saludó friamente y con una sonrisa casi imperceptible; pero sus ojos, habitualmente dormidos, relampaguearon con un chispazo súbito, anuncio infalible de futuras tempestades.

Hecha la presentación y después de algunos cumplimientos de mal gusto acerca del sitio que cada cual había de ocupar en la mesa, todos se sentaron.

Joaquín se colocó entre Lola y Luisa.

La comida fué alegre, y Joaquín estuvo hablador, gracioso y hasta chispeante; charló mucho y con desparpajo, refiriendo algunas aventurillas galantes que había tenido en Badajoz, y exornando su relato con episodios inverosímiles y sabrosos embustes que hicieron desternillar de risa a su simpático auditorio. Ellas reían siempre y a veces le interrumpían con estas o parecidas exclamaciones:

"¡Buen pillo está usted hecho, pobre de la mujer que caiga en sus manos!..." etc.

Joaquín veía su triunfo y continuaba hablando, preparando el terreno... para vencer más tarde...

Al final de la comida, y cuando ya estuvo servido el café, Luisa se levantó para traer una botella de licor que le habían regalado días

antes, y con el cual quería obsequiar al forasterito. ¡Parece que el mismísimo Mefistófeles tuvo parte en el suceso!...

Al salir Luisa del comedor, las rodillas de Lola y de Joaquín se encontraron.

Un vivo sacudimiento conmovió al estudiante.

¿Sería mera casualidad?

Joaquín no tuvo paciencia para esperar, y sin más vacilaciones buscó cautelosamente las piernas de Dolores con las suyas.

¡Oh, ventura! Las halló, las rozó varias veces, y aquellas codiciadas piernas se estremecían también, pero sin esquivar el dulce contacto. Lola estaba nerviosa, con las mejillas encendidas y los ojos bajos, y Joaquín aprovechó aquella ocasión para murmurar en su oído:

—¡Qué hermosa nació usted! ¡Qué feliz soy a su lado!... Mi corazón...

No pudo concluír, porque en aquel instante entró Luisa, trayendo el licor ofrecido.

—Ha llegado el momento de brindar, — dijo, — y usted, don Joaquín, será el primero que lo haga a mi salud.

—Con mil amores.

Joaquín se puso en pie.

—¡Brindo a la salud de todas las morenas y a la de usted en particular!

—¡Pobre de mí! — exclamó Lola. — ¿De modo que las rubias no existen para usted?... ¿Qué mal le han hecho para que no las quiera, ingrato?

—En ese caso, sólo brindaré por las mujeres hermosas.

—Entonces yo quedo excluída, — dijo Luisa.

—Y yo, — agregó Lola modestamente.

—Pues por ustedes lo digo, — repuso Joaquín abrasándolas con los ojos.

Terminado el almuerzo, cada cual se fué a sus quehaceres, y el joven extremeño salió a la calle ansiando respirar el aire de aquel bullicioso Madrid que se le presentaba bajo tan felices auspicios.

Tarde ya, advirtiendo que iban a dar las siete, emprendió la retirada sin más dilaciones, pensando en su casa, en las amorosas sensaciones de aquella mañana, en que ya le estarían esperando para comer...

Lola fué quien le abrió la puerta.

—Lo dicho: ¡es usted guapa, pero endemoniadamente guapa!... no he visto en ninguna parte una mujer como usted, — dijo Joaquín al entrar.

—Y usted, un guasón, pero un guasón incorregible.

El estudiante, que ya seguía hasta su cuarto, se volvió al oír la dulce respuesta. Dolores presintió la agresión:

—¡Estése usted quieto!

Joaquín la cogió el rostro entre sus manos y la besó en la boca. Lola le rechazó en seguida, y sus mejillas se arrebolaron; pero no se enfadó; y él entró en su dormitorio tarareando el aria del último acto de Rigoletto: "La donna é mobile..."

Poco después fué Avelina a decirle que la cena estaba servida.

En el comedor charlaban en voz baja y reían Lola y Luisa: las dos estaban alegres, provocativas, radiantes de hermosura.

Se habló mucho, se comió bien y se bebió largo y tendido. Joaquín estuvo ocurente como nunca, y ellas también se mostraron más bromistas y expresivas que en el almuerzo.

Luisa propuso jugar a la lotería, y Joaquín y Dolores aceptaron; se trajeron los cartones y principió el soporífero juego.

Y así fué transcurriendo la velada, hasta que en el reloj sonaron las doce.

III

Al entrar Joaquín en su cuarto, se dejó caer pesadamente sobre un sillón.

¡Qué lucha tan terrible libraba consigo mismo!

—¡Oh! — decía el impetuoso mozalbete; — ¿será posible que, después de una cena tan agradable, Lola se haya separado de mí sin dignarse mirarme? ¿Se habrá enfadado conmigo? Pero,, ¿por qué?... Mis besos no la ofendieron; lo que después de hecho, tampoco le ha parecido mal, ¿pues entonces?...

—Esta noche, sin embargo, debo hacer alguna intentona: después de las libertades que me he tomado y de los favores obtenidos, sería necio no intentar algo serio; la misma Dolores se burlaría de mi cortedad y falta de carácter. Nada, Joaquín, es preciso arriesgarse, de los cobardes nunca se ha dicho nada; quien no se aventura no pasa el mar.

Diciendo esto, encendió un cigarrillo y empezó a pasearse.

—Esperaré a que sea un poco más tarde, — murmuró.

El tiempo corría y Joaquín no encontraba medio de dar paz a sus nervios sublevados: las sienes le latían con violencia inusitada, tenía fiebre; sus deseos y su razón luchaban; tan pronto renunciaba a aquella delicada aventura, como le acometían súbitos arranques de empezarla en seguida: ¿qué hacer?

En esto dieron las dos de la madrugada.

—¿Voy o no voy?...

Vaciló un momento, cohibido por un resto de buen sentido; pero al fin las pasiones estallaron bravías, y se decidió.

Aproximóse a la puerta, abrióla con mil precauciones, y luego, con un movimiento rápido, salió al pasillo, cerrándola tras sí. Allí se detuvo asustado, con la respiración anhelante.

Ante él se extendía un largo corredor alumbrado débilmente por la luz suave de una lamparita color rosa; a la conclusión del pasadizo había una alcoba que "debía de ser" la de Lola...

—Pero... ¿y si fuera la de Luisa? — pensó de repente el atrevido estudiante; — ¡yo no conozco bien la casa!...

Esta diabólica idea estuvo a punto de dar en tierra con todo su valor: reflexionó un momento, y no encontrando ninguna razón que le confirmase aquella inesperada sospecha, la rechazó en seguida.

—Y después de todo, ¿qué?... Tanto le gusto a una como a otra; ea, Joaquín, "alea jacta est".

¡Oh, suerte maldita! Las tablas del piso, privadas de humedad durante mucho tiempo, crujían y se quejaban bajo el peso de su cuerpo, amenazando descubrir los criminales pasos del violador del hogar doméstico. Joaquín avanzaba poco a poco y sobre las puntas de los pies, agarrándose a las paredes, con la vista dilatada y la boca entreabierta y estirando el cuello para percibir mejor cualquier ruido que le fuese sospechoso.

Con estas zozobras y otras tantas que se callan, atravesó el pasillo y arribó con toda felicidad frente a la puerta del cuarto que buscaba; allí se detuvo unos instantes para cobrar alientos, y después, con el corazón palpitante de placer y de temor, colocó la mano sobre el pestillo y empujó suavemente...

La puerta cedió, y Joaquín entró, cerrando tras sí.

La habitación estaba envuelta en una completa obscuridad; el estudiante dió algunos pasos y notó que sus pies se hundían en una blanda alfombra que apagaba todos los ruídos; aplicó el oído... delante de él, y al parecer en el fondo de la estancia, se percibía la tranquila respiración de una persona dormida: aquel hálito de mujer, cuyo tibio calor parecía abrasarle el semblante, sirvió de poderoso espolazo a su deseo. No sabiendo adónde dirigirse, extendió los brazos para no tropezar y cometer alguna indiscreción, y continuaba avanzando y pensando en el modo que tendría de explicar el objeto de su intempestiva visita, cuando su mano derecha chocó con una copa que estaba sobre la mesilla de noche: la copa perdió el equilibrio y cayó sobre la alfombra, quebrándose; el ruido fué muy pequeño, pero bastó para despertar a la mujer que dormía.

—¿Quién anda ahí? — preguntó a media voz.

Joaquín que ya tenía el puño levantado para castigar su torpeza dándose un sopapo, sorprendido a su vez y más muerto que vivo, contestó con toda la melosa dulzura posible:

—Soy yo, Joaquín.

—¿Usted a estas horas?

—Si.

—¿Está usted enfermo?...

—¡Silencio, por amor de Dios, que nos pueden oír!

—¿Pero qué busca usted aquí, hombre del diablo?

—Decirle que la adoro, que la quiero más que a mí mismo, — repuso el estudiante con tono apasionado, buscando con sus manos las de su interlocutora.

—¡Vaya, vaya, — dijo ésta, — no sea usted niño; mañana, o el año



que viene, hablaremos de eso; ahora, déjeme tranquila y no me irrite con sus majaderías.

—¡Dejarla, dejarla así, cuando su presencia me atrae como al insecto la luz, o al acero el imán!... — repuso el arriesgado galán abusando neciamente de una frase hecha que recordaba haber leído en alguna parte.

—¡Qué romántico!...

—¡Ah! no, Lolita; esto no es romanticismo, esto es amor.

—¡Y me llama Lola!... Decididamente usted está loco!

—Sí, de pasión.

—¡Qué casualidad!

Joaquín con esa vehemencia que dan los veinte años, se sentó en el lecho, y acercando la boca al oído de la joven:

—Lola, — dijo, — no seas cruel, no me trates así, pero no me burles después de haberme hecho concebir esperanzas...

Con la madrugada llegó la hora de separarse.

Joaquín, que en medio de su felicidad no olvidaba la prudencia con que debe procederse en casos tales, se incorporó en el lecho: estaba alegre; satisfecho de sí mismo y envanecido como un pavo.

—Lolita, — murmuró, — ya debo marcharme; ¿dejas que me vaya?

Ella le echó los brazos al cuello, sin responder.

—¿Me dejas? — volvió a preguntar Joaquín.

—Qué atrocidad ha sucedido, Dios mío! ¡qué vergüenza voy a tener cuando te vea!

—No seas tonta; ¿quieres que encienda la luz para que te acostumbres?...

—¡¡No, no!!...

—¿Me quieres mucho?

—¡Y aún lo preguntas!...

—Bueno, vida mía, hasta luego.

Cuando Joaquín entró en su cuarto, ya empezaban a lucir los primeros resplandores del nuevo día: acostóse vestido conforme estaba y se dispuso a dormir...

De pronto cruzó por su imaginación la misma idea que antes le asaltara.

—¡Es extraño!... aun no le he visto la cara a esa mujer; ¿a quién habré seducido, a Lola o a Luisa?... Pues no lo sé... las dos parecían igualmente prendadas de mí; si una me devoraba con los ojos la otra me comía... Después de todo, ¿qué más da? Sin embargo, debe ser Lola... ¡claro!... porque Luisa... Luisa...

Los ocultos resortes de su cerebro dejaron de moverse; balbuceó algunas palabras más, y se quedó dormido...

La misma noche en que ocurrió el lance referido, Luisa se retiró como de costumbre, a su dormitorio, y por más que rezó el rosario tres o cuatro veces, no pudo conciliar el sueño: estaba desasosegada, nerviosa; la figura de Joaquín no se apartaba de su imaginación y creía sentir una de esas voces misteriosas, ultramundanas, que oyen todos los personajes de las novelas de Pérez Escrich; y aquel vago presentimiento le anunciaba que algo extraordinario iba a suceder.

—¿Vendrá Joaquín a verme? ¿Llegará a tanto su osadía?... — pensaba Luisa mientras se desnudaba contemplándose en el espejo; — un hombre corrido, después de lo poco que entre nosotros ha mediado, si se atreviera; pero él es un nene sin experiencia, un estudiantillo parlanchín, un lugareño pavisoso... ¡Bah, qué tonta soy!...

SUPLEMENTO ILUSTRADO
DE
LA NOVELA PICARESCA
AÑO I — Núm. 7



CARMEL MYERS

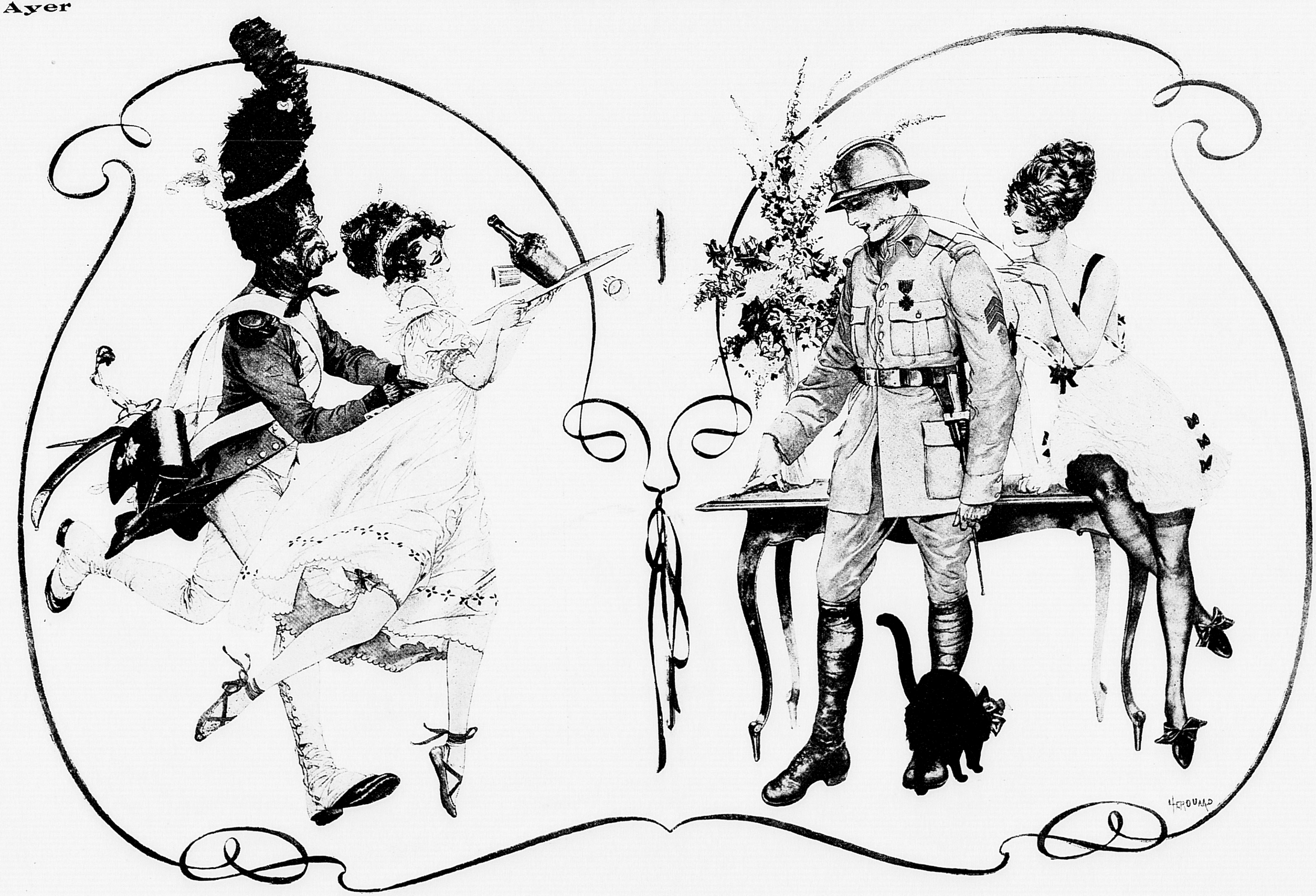
Una de las actrices más hermosas de la escena muda neoyorquina

(Grabados: A. Zucchi y Co.)

El amor y la guerra

Ayer

Hoy



Las estrellas del cine



TALLULAH BANKHEAD

Una nueva actriz americana que ha revelado poseer singulares aptitudes para el cine

Y se durmió, pero con ese sueño intranquilo y ligero de los que viven preocupados con una idea.

Sus presentimientos no salieron fallidos: poco después entró Joaquín en el cuarto; al sentirle, Luisa experimentó una doble sensación de temor y de alegría: ¿qué hacer? cedería a sus deseos... resistiría a la tentación?...

En esto oyó que Joaquín la llamaba Lola; y comprendió inmediatamente lo que sucedía: él iba en busca de su amiga, pero se había equivocado de cuarto; en seguida se hizo cargo de la situación y decidió explotarla en su favor. Como hablaban en voz baja, Joaquín no la conocía por la voz: ninguna otra circunstancia podía revelar a su improvisado amante el engaño de que era objeto; por otra parte, la obscuridad en que estaban protegía admirablemente sus planes: Luisa, por tanto, podía satisfacer sus deseos con entera libertad, sin que su pudor padeciera lo más mínimo, sin que al día siguiente nadie, ni aún el mismo vencedor, pudiera echarle en cara su debilidad; no tenía, pues, que luchar con la vergüenza, el freno que más sujeta a la mujer. Al sentir los abrazos de Joaquín se defendió y hasta derramó algunas lágrimas; pero estas lágrimas fueron de buen tono, y si se resistió tanto, fué por tener el gusto de ser vencida. A Luisa le sucedió lo que a todas las mujeres: quieren pasar por víctimas, conceder, y evitar, de este modo, la vergüenza de su falta.

Los primeros pasos siempre son los más difiicultosos, pero una vez puesto en la pendiente, no hay quien que tenga la energía necesaria para remontar el camino y no caer en el abismo cavado a sus pies por el primer desliz.

Esto fué lo que le sucedió a Joaquín y a su amada.

¡Qué situación tan original la suya!... ¡Tener un amante que no podía jactarse de haber obtenido de ella ningún favor!

Por su parte, Joaquín, que estaba muy lejos de sospechar el error en que vivía, disfrutaba sin tasa de su victoria. Algunas veces, en la mesa, el estudiante miraba a Lola maliciosamente, queriendo decirla algo con los ojos; ella se sonrojaba, y Luisa se reía con indecible satisfacción; únicamente procuraba no dejarles solos ni un momento, a fin de que el nudo no se desenredase.

Esta comedia duró varias semanas, sin que ninguno de los tres personajes que en ella intervenían llegase a comprender el verdadero lugar que ocupaban los unos con relación a los otros.

IV

Joaquín, después de satisfacer con Lola los primeros arrebatos de su pasión, empezó a cansarse de aquellas impresiones siempre repetidas. Se acordó de que era joven y guapo, de lo hermoso que es el mundo

para quien sabe explotarlo, y, sobre todo, de que muy cerca de él, en su misma casa, vivía una mujer hermosa que le amaba en secreto y que acechaba probablemente una ocasión de decírselo a solas, y el estudiante pensó:

—¿Por qué no he de conquistar también a Luisa?

Desde aquel momento puso todo su empeño en agradarla, y no perdía oportunidad para decirla alguna galantería. Luisa comprendió al momento lo que aquello significaba: ¡qué inconstantes son los hombres!... Joaquín, cansado del cariño de Lola, buscaba el suyo, y la idea de que su amante volviera a equivocarse de cuarto, la trastornaba. Pero, ¿cómo oponerse a los deseos del veleidoso estudiante? ¿Cómo decirle que Lola era ella y deshacer de una vez el enredo?... Sentía unas angustias mortales, celos horribles, pero se contenía esperando ver en lo que paraba toda aquella farsa. Al principio adoptó el sistema de tratar mal a Joaquín y de contestarle con acritud a sus amorosas insinuaciones, con objeto de amedrentarle, pero no tuvo fuerzas ni valor para tanto. ¿Cómo reñir durante el día al que colmaba de caricias por la noche? ¿Cómo maltratarle de palabra, si sus ojos zalameros la traicionaban?... Aquel pícaro muchacho la tenía hechizada y no podía odiarle ni aún con el pensamiento.

Joaquín así lo comprendía, y fiado en su ingenio y en el triunfo que coronó su primera aventura, decidió, después de examinar bien el terreno, acometer la segunda.

Era el día 1º de noviembre, fiesta de Todos los Santos.

Joaquín que había salido de paseo con sus amigos después de almuerzo, volvió a media tarde trayendo un gran papelón lleno de buñuelos de viento, y diciendo a Lola y a Luisa que quería llevarlas al teatro a ver a "Don Juan Tenorio".

—¿Qué más don Juan que usted ni qué mejor doña Inés que yo? — exclamó Lolita.

—Sin embargo, — repuso Joaquín, — todo buen español está obligado a ver el "Tenorio" en estos días, y a mí me gusta seguir la costumbre ,sobre todo, si es buena, como ésta.

Aún opusieron las dos mujeres algunos reparos, negándose a ir so pretexto del mal tiempo que hacía, pero Joaquín se mantuvo firme en sus trece, y ellas acabaron por ceder.

Sirvióse la cena más temprano que de ordinario, y salieron a la calle; ninguna de las dos quiso vestirse bien, y se contentaron con ponerse un mantón peludo de color negro y un pañuelo de seda en la cabeza; parecían dos chulas ricas, pero dos chulas hermosísimas, de esas "flamencotas" de buena capa que levantan un temporal por donde pasan.

Joaquín iba en medio de ellas, reventando de satisfacción, dándolas el brazo, con el sombrero sobre las cejas, la mirada altanera, el gesto

despreciativo: parecía un gallo entre sus gallinas, o un sultán entre sus mujeres.

Llegaron al Teatro Español: Joaquín se acercó al despacho y compró tres delanteras de paraíso; mejor hubiera querido asientos de anfiteatro principal, para mejor lucirse y pavonearse, pero todos se hallaban en poder de los señores revendedores.

Joaquín estaba muy lejos de atender a las interesantes escenas que delante de él iban desarrollándose: no pensaba más que en Luisa, en aquella morena que le escandecía el cerebro con el fuego de sus ojos.

Iba e empezar el tercer acto, y Joaquín, aun a trueque de que Dolores lo notase, se atrevió a coger una mano de Luisa entre las suyas; y ésta, a quien costaba gran trabajo contener la risa que la inspiraban las malas jugadas del estudiante, se contentó con decirle muy bajo y en tono de amorosa reconvención:

—Joaquín, las morenas somos muy malas; más cuenta le tendrá fijarse en Lola, que es rubia y parece quererlo mucho.

—No importa, — repuso Joaquín en el mismo tono; — yo necesito hablar con usted esta misma noche...

El telón se levantó, y el diálogo quedó interrumpido.

Luisa perdió la tranquilidad al oír las últimas palabras de su amante; los celos atenaceaban su alma. Pensaba, y con razón, que Joaquín, siguiendo por el falso camino que había emprendido, iría al cuarto de Dolores queriendo ir al suyo, y entonces... ¡Oh! no quería pensar... Quizá su amiga hiciese lo que ella misma hizo algunas noches antes y le arrebatase el hombre que ella guardaba con tan esmerado afán para sí sola: es verdad que hubiera podido deshacer aquel diabólico enredo con una sola palabra, pero el pudor la contuvo , pareciéndole muy brusco pasar en un momento, a los ojos de aquel hombre, de mujer pretendida, a querida.

Tuvo, pues que resignarse con su suerte y esperó.

Cerca de la una era cuando los tres regresaron a su casa, bastante más silenciosos y graves que cuando salieron: Lola estaba triste, Luisa inquieta y Joaquín pensativo; así fué que, cada cual se retiró a su habitación.

Joaquín entró en la suya y encendió el quinqué. Estaba resuelto a todo; dejar la conquista de Luisa para otra noche, era una cobardía manifiesta. Pero, ¡cosa extraña!... se mostraba indeciso y nervioso como cuando fué a ver a Lola; y es que muchos hombres, que irían con perfecta tranquilidad a un desafío, suelen temblar como azogados en vísperas de una cita amorosa: no les asusta un rival armado que les odia, y les amedrenta una mujer indefensa que les quiere.

¡Misterios del corazón!

Después de dar algunos paseos por su cuarto, se tendió en la cama; luego se levantó y cogió un libro esperando a que fuese más tarde.

Dieron las tres de la madrugada en el reloj del comedor, aquel cómplice inocente de las pecaminosas aventuras del atrevido estudiante; había llegado el momento de prueba. Joaquín abrió sin vacilar la puerta de su cuarto y salió al pasillo; la lámpara color de rosa alumbraba su camino. Era preciso no perder un instante; el tiempo es plata, y tratándose de citas amorosas, es oro de muchos quilates.

Al pasar por delante del cuarto de su amada, de Lola, como él creía, sintió una especie de remordimiento, lo que deben sentir cuantos hacen traición a sus juramentos y a sus amores: allí dormía su primera víctima; quizá estuviese desvelada, llorosa, pensando en él...

—¡Pobre Lola! — pensó Joaquín, recordando a Zorrilla:

Tu amor y tus encantos se perdieron
un momento después de conseguidos...

Al volver el pasillo, y más allá de la cocina y del cuarto de la criada, estaba el dormitorio de Dolores.

Joaquín aplicó el oído a la cerradura... no se sentía nada; hizo girar el pestillo cauteolsamente, y la puerta cedió; la habitación estaba más obscura que la boca del infierno; si es que el infierno está a obscuras, según afirman los teólogos más respetables y sabihondos.

—¡Luisa, Luisita! — murmuró el estudiante: — ¿duermes?

Nadie contestó.

Joaquín a tientas, y guiándose por la respiración de Lola, que seguía dormida, continuó acercándose.

—¡Luisa! — volvió a repetir.

Dolores despertó, diciendo:

—¿Quién habla, quién es?

—Soy yo, Luisa, que vengo a hablar con usted conforme se lo prometí en el teatro.

—¿Pero usted a quién busca?

—A usted, Luisa, — repuso Joaquín; ¿a quién había de ser?

—¡Ah!

—Sí, a usted a quien quiero como no creí que pudiera amarse en el mundo; a usted, por quien siento una pasión inmensa, abrasadora; a usted que me haría el más feliz de los hombres si se dignara oirme sin enfadarse.

Lola no contestaba.

—¿Me oye usted? — preguntó Joaquín sorprendido por aquel silencio.

—Sí, le oigo, — repuso Dolores, — y me maravillo de su osadía; váyase usted, Joaquín, se lo suplico; me estoy comprometiendo.

—No puedo, Luisa, la quiero a usted demasiado para irme.

—¡Embustero, como todos los hombres! Váyase con Lola, que es más guapa, y a quien yo bien sé que quiere usted más que a mí.

—¡Yo!

—Sí, usted. ¿Cree usted que no he advertido las miraditas que suelen cruzarse entre ustedes dos? Siga mi consejo, Joaquín: retírese, soy muy orgullosa, y usted nunca podrá conseguir nada de mí.

Con esta astuta negativa Dolores se declaraba enamorada, y animaba, por consiguiente, al estudiante a proseguir con redoblado ardor en su amorosa empresa.

—Luisa me ama, puesto que tiene celos, — pensó Joaquín.

Y lleno de confianza duplicó sus esfuerzos.

El diálogo se reavivó tornándose más apasionado; más candente; él la apremiaba enérgicamente, y ella se resistía poco, como hacen todas las mujeres que han resuelto de antemano conceder aquello mismo que están negando.

V

El desenlace de tan originales aventuras no podía tardar, pues las tres personas que en ellas intervenían vivían con demasiada intimidad para que el enredo pudiera conservarse indefinidamente.

Por una de esas casualidades inauditas que inducen a creer en otro mundo de seres misteriosos que intervienen en los sucesos que ocurren en el nuestro, la noche en que Joaquín iba en busca de Luisa, Lola, al sentirle entrar en su cuarto y ver que la confundía con su amiga, tuvo la misma ocurrencia que ésta: usar el nombre que impensadamente le daban, para satisfacer el capricho que por aquel endiablado muchacho sentía, sin darse a conocer; las circunstancias que favorecieron su plan, fueron las mismas que ayudaron a Luisa: la obscuridad que les envolvía y el tono tan bajo que emplearon para hablar. De noche, dice el adagio, todos los gatos son pardos, y trabajillo le hubiera costado a Joaquín conocer, por el tacto, cuál de sus dos amadas tenía el pelo rubio o los ojos negros.

Con esta segunda aventura, el nudo de la novela no hizo más que apretarse, y aumentar los peligros de la situación en que ambas mujeres se habían colocado involuntariamente. Lola vigilaba a su amiga, procurando no dejarla a solas con su amante, y lo mismo hacía Luisa: ambas se espiaban un día y otro día con celo infatigable, y en la mesa procuraban avergonzarse mutuamente con indirectas de color dudoso; Joaquín, entre tanto no preocupándose de aquellas nimiedades, vivía como el mismísimo sultán de Constantinopla, si bien atribuyendo todo lo que por la noche le decía Luisa, a Lola, y vice versa.

Una vez estuvo tentada Dolores de proponer a su amiga, con un pretexto cualquiera, cambiar de cuarto; pero como ignoraba el estado exacto en que ésta se hallaba con relación a Joaquín, no se atrevía, temiendo alarmarles: lo mismo le sucedió a Luisa.

En este estado las cosas, sobrevino lo que ellas temían: el desenlace. Y lo temían, porque pensaban, y con razón, que sería fatal para una de las dos.

Cuatro o cinco noches después de la de Todos los Santos, Joaquín, al sentir las doce, salió, según costumbre, en busca de una de sus amadas: el muy tuno las visitaba por riguroso turno: aquella noche le correspondía a Luisa.

El cuarto de ésta, como siempre, estaba a obscuras.

—Aquí me tienes, Lolita, — entró diciendo el Tenorio nocturno.

—¡Hola!... ¿Ya estás ahí? socarrón, — preguntó ella desde debajo del embozo.

—Sí, y con bastante frío; te aseguro que el que, como yo, anda medio desnudo por los pasillos de esta casa, ya puede arrostrar sin temor los fríos de Siberia.

—¡Mira que tiritar a los veinte años, tiene gracia!... Nada, me ratifico en lo dicho: mi dueño tiene, por sangre, horchata de chufas.

—Conque horchata, ¿eh? Ahora te contaré un cuento.

Diciendo esto, Joaquín acabó de quitarse la poca ropa que traía, y, de un salto, se metió en la cama.

Y pasó una hora... hasta que Joaquín, aburrido del silencio de su compañera, empezó a charlar.

—¿Tienes sueño, nena?

—¿No?... — respondió Luisa en el mismo tono meloso con que fué preguntada.

—¿A nadie has querido como a mí?

—A nadie, te lo juro: ¿y tú?

—Yo, tampoco.

—Mentiroso, granuja.

—¡Palabra de honor!

—Cállate, ¿me querrás hacer creer que no te estás muriendo de amor por Luisa?

Joaquín soltó una media carcajada contrahecha.

—Luisa, ¡bah! ¿En qué mujer te fuiste a fijar? una morena gordinflona, más sosa que un plato de habas.

Ella se estremeció y sintió que la cara se le ponía colorada.

—Con una boca más grande que la puerta de Palacio, — continuó Joaquín sin sospechar los desatinos que estaba cometiendo, — y unos ojos grandes, pero insípidos como los de un buey. ¡Buena diferencia hay

de ella a tí, Lolita, tan sonrosada, tan fresca, tan mona y, después, rubia como la Margarita del **Fausto**!

Luisa sentía que toda la bilis de su cuerpo se le había subido a la boca; hubiera dado cualquier cosa por abofetear a su amante, o por aplicarle un pellizco que le dejase eterna memoria.

—Pero, por más que digas, — replicó Luisa refrenando su despecho, — no podrás negar que mi amiga es una mujer muy guapa.

—Sí, prescindiendo de los defectos que tiene, resulta perfecta, — contestó Joaquín.

Al oír esto, Luisa no pudo más.

—¡Eres un infame, un canalla, un bribón! gritó la ofendida joven casi con su voz natural.

—¿Qué te pasa?

—Nada; pero te advierto que ya puedes irte por donde has venido; estás de más aquí: eres un tío, un tío **en toda la extensión de la palabra**, sin pizca de educación, ni de vergüenza; si te parezco fea y ridícula, ¿para qué me buscaste? ¿Te he buscado yo a tí, mamarracho?

—¿Pero estás en tu juicio, mujer? — exclamó Joaquín que no acababa de volver de su sorpresa.

—Sí, estoy en mi juicio, sí, y sé muy bien lo que me digo: yo soy Luisa, ¿oyes?... ¿Entiendes bien?... y no Lola, como hasta aquí has creído; ea, ¡se acabó la farsa!

—¡Tú... tú... luego yo!...

Luisa, que se había bajado de la cama, se vistió una bata y encendió una luz.

La sorpresa que experimentó Joaquín al verla, le impidió acabar la frase.

¡Qué vergüenza para él, tener delante a la mujer a quien había estado insultando con una crueldad y un ensañamiento indecibles! ¡Qué plancha la suya!...

Al pronto pensó arrojarse a los pies de su amada, pedirla perdón de hinojos y hasta llorar si de las lágrimas dependía la reconciliación; después estuvo a punto de echar a correr hacia su cuarto y no volver a salir de él en toda la vida: el primer pensamiento, sin embargo, prevaleció.

Saltó a su vez del lecho y corrió a arrodillarse delante de Luisa, que se había sentado lloriqueando en un rincón.

—Luisa, niña mía, — murmuró el estudiante con toda la vehemencia de que era capaz, — perdóname; te juro que todo lo dicho es mentira, hablaba en contra de lo que sentía...

—¡Eres un falso, un infame que no merece se le mire a la cara!

—Tienes razón, Luisa pero yo era infame y falso con Dolores, no contigo.

—No vengas ahora con zalamerías, porque no me engañas.

—Si no quiero engañarte tampoco, monina.

—Me has ofendido mucho, mucho...

—Pero con todo, ¿verdad que siempre me querrás lo suficiente para perdonarme?

Hablando así Joaquín clavó sus ojos en los de Luisa, y ésta, que le quería con toda su alma, se sonrió.

—¿Me quieres, Luisa?

—Un poco.

—¿Me perdonas?... Dime todo lo que se te ocurra y me perdonas.

—Sí, ¡qué bien sabes llevarme!... eres un pillo, Joaquín, un pillastre redomado.

—Bueno, ¿qué más?

—Un granuja, un bribón de siete suelas.

—Perfectamente, ¿qué más?

—Un tonto de capirote.

—Bien, sigue.

—No se me ocurre ninguna otra cosa.

—Y ahora, ¿me perdonas?...

Luisa, sin contestar, le echó los brazos al cuello, Joaquín la estrechó entre los suyos, y las paces quedaron hechas y rubricadas.

VI

—Y ahora, hablando en serio, — decía Luisa a su amante algunas noches después, — ¿a quién prefieres, a Lola o a mí?

—A tí, mil veces.

—¿Renuncias a Dolores?

—¡Para siempre!

—¿Y te alegras de que el nudo de esta comedia se haya roto estando tú conmigo y no con ella?

—¡Ya lo creo!

—Pues mira, a fin de que estas equivocaciones lamentables no vuelvan a repetirse, te aseguro que desde mañana, una lamparita azul, colgada en medio de esta habitación, presidirá nuestros coloquios.

—Y yo, que he quedado muy escarmentado, — repuso Joaquín, imprimiendo un largo beso en la frente de su querida, te prometo a mi vez, que mientras viva, no volveré a **Amar a obscuras.**

EDUARDO ZAMACOIS.

Usted Señora...

sufre cada cuatro semanas el mismo proceso fisiológico, acompañado de malestar, jaqueca, decaimiento y alteración de carácter. Evítelo con el uso de la

Bioforina Liquida de Ruxell

Esos días delicados transcurrirán sin molestia alguna, porque la Bioforina líquida de Ruxell ayudará la acción de dicho proceso, regularizará el período y la librará de momentos de enojo y malestar.

Usted Señor...

si siente su organismo cansado o exhausto, debido a enfermedades propias de la juventud, abusos, vejez prematura o exceso de trabajo mental, lamentará en muchas ocasiones la falta de vigor necesario para llenar funciones a usted encomendadas...

No desespere Usted...

La Bioforina líquida de Ruxell devolverá a usted la virilidad de sus mejores días y con ella la alegría de vivir.

Los efectos de esta notable preparación son rápidos y seguros, siendo su principal privilegio el de ser completamente inofensiva.

Solicítela en todas partes.

Concesionarios para la América del Sud,

BENDINGER y Cía.

Sarmiento 643 :: **Buenos Aires**

Cuide su vista...

Si sus ojos s… … que suplementarlos
con cristales, … visión normal. La
potencia de a… …s relativamente baja,
y al escoger… …quen, en cuanto sea
posible, un c… …como el de los ojos.
¿Logran… …ed usa? Si son cris-
tales comun… …rio; las leyes ópticas
no lo permi…
¿Conoce… …s y Tóricos?
Tendrei… …strarle la superioridad
de estos cristales.

Esmeralda 288
Buenos Aires

A. GARBARINO
Optico - Técnico

BIBLIOTECA NACIONAL MADRID



Chickering

En todo hogar donde se rinde el culto a la música, donde se aprecian debidamente los elementos de la expresión musical, donde lo lleno y voluminoso de un sonido o la delicadeza en el matiz de un tono encuentran oídos para valorarlo, allí se halla invariablemente un piano

"Chickering"

ÚNICO AGENTE:

CARLOS S. LOTTERMOSER

RIVADAVIA 853 ❋ U. T. 2713, Libertad ❋ BUENOS AIRES

La casa que tiene el mejor surtido de música